

# La de cuatro mil

por LEONIDAS N. YEROVI

*Leonidas N. Yerovi se destaca en el siglo XX como un alto exponente de nuestro teatro costumbrista. "Emparentado espiritualmente con Segura, y sin tener nada de común con Pardo y Aliaga, no es un continuador sino un renovador del teatro nacional. Entendió un teatro de carácter genuinamente popular, como fué todo el nervio de su obra". (1)*

*Ocho fueron las obras que escribió: LA DE CUATRO MIL, estrenada en el Teatro Principal, el año 1905, ocasión en la cual fué llamado a escena varias veces; Salsa Roja, cuyo éxito teatral se repitió en 1914, en la capital argentina, durante las cinco representaciones que de ella se dieron en el Teatro Buenos Aires; GENTE LOCA, estrenada en el Teatro Nuevo, de Buenos Aires, también en 1914, y cuya representación limeña tuvo lugar dos años después, por la Compañía Mario, con tan halagador resultado como en la Argentina; DOMINGO 7, ALBUM LIMA, LA PICARA SUERTE y LA CASA DE TANTOS, ésta última escrita por Yerovi en Buenos Aires, con motivo de un concurso teatral convocado por CRITICA y que fué llevada a las tablas en 1917, después de la muerte del autor. (2).*

*Aparte de las inserciones fragmentarias aparecidas en algunas revistas, las ocho comedias permanecen inéditas y la Biblioteca Nacional se complace en publicar ahora LA DE CUATRO MIL, comedia en un acto y en verso, estrenada en la segunda sección del Teatro Principal, de Lima, el jueves 10 de diciembre de 1903, y sucesivamente representada doce o catorce veces, ante el entusiasmo del público y de la crítica (3). Se ha utilizado la copia perteneciente a un actor; probablemente alterada en algunos pasajes, para servir a las exigencias de la interpretación, se ha confrontado el texto con las publicaciones parciales de ACTUALIDADES.*

*La Compañía Saúllo, que dirigía el joven actor cómico José Saúllo, estrenó esta obra nacional. El papel de Don Celedonio estuvo magníficamente*

---

(1).—XAMMAR, Luis Fabio: Valores humanos en la obra de Leonidas Yerovi. Lima, Ed. Antena, S. A., 1938, p. 96.

(2).—XAMMAR, Ob. cit., p. 89-95.

(3).—MONCLOA Y COVARRUBIAS, Manuel: Diccionario teatral del Perú. Lima, Lit. y Tip. de Badiola y Berrio, 1905, p. 177.

interpretado por Juan Lampre, y también fueron celebrados el Director de la Compañía y el actor Alfonso Miranda (4).

Como prueba del triunfo alcanzado por *LA DE CUATRO MIL*, insertamos algunos párrafos de los críticos de la época.

Marcial Helguero y Paz Soldán, en "El Comercio, de 11 de diciembre de 1903 (bajo el seudónimo de Marlaci) escribió: "[Leonidas Yerovi] que sólo cuenta 20 años (5), se nos presenta con una brillante primicia, y sin influencias periodísticas, sin "réclame" y sin bombo alguno obtiene el éxito más ruidoso y firme que registra el viejo Principal.

[En *LA DE CUATRO MIL*] todo se desarrolla de una manera muy natural, sin complicaciones y sin teatralidades. El enredo se presenta y se desenvuelve sin esfuerzo alguno y lógicamente... Es un juego, un "quid pro quo", de personajes hábilmente conducidos. Y todo esto envuelto en un ropaje literario fino, elegante, rico en chistes y sobrio en la forma. Un verso que parece prosa, lleno de gracia discreta..."

En "Actualidades", (Lima, 16 de diciembre de 1903), F[rancisco] E[nrique] Málaga hizo la siguiente crítica: "Prevenidos desfavorablemente, como la mayoría del público... tuvimos que reconocer, desde la primera escena, lo injusto de nuestro prejuicio... Nuestra sorpresa fué pues, en aumento, á medida que las escenas se desarrollaban, hasta llegar al entusiasmo, cuando el telón cayó y el público, por vigésima vez, aclamó al autor con la sinceridad y el regocijo que puede despertar una revelación tan feliz como inesperada.

Porque el éxito de *LA DE CUATRO MIL* ha sido una revelación. El corte correcto de la obra, no obstante su difícil estructura, la originalidad del argumento, sencillamente desarrollado, la profusión de situaciones, eminentemente cómicas i de golpes escénicos de magnífico efecto; la flexibilidad i soltura del verso, que no pierde su chispa, hacen de ella una obra de verdadero mérito en su género. No obstante [algunos defectos]... aún de la versificación, *LA DE CUATRO MIL* es una joya del teatro cómico, superior a muchas de las obras nacionales estrenadas en estos últimos años".

D. V. de la T.

(4).—MONCLOA Y COVARRUBIAS: p. 177. y "El Comercio", Lima, diciembre de 1903.

(5).—El dato no es exacto. Yerovi nació el 23 de setiembre de 1881. Ver XAMMAR, ob. cit., p. 51.

*Personajes*

RUFA	SUERTERO
MARTA	SIRVIENTE
DON CANUTO	MOZO I
DON CELEDONIO	MOZO II
PERICO	

*La acción en Lima. Derecha e izquierda, las del actor.*

---

 ACTO UNICO

*La escena representa una mísera habitación, interior, en altos. Por todo mueble un catre de viento.*

*Una puerta al foro, que se supone dá al corredor.*

*Adviértase que en las salidas y entradas "Foro derecha" y "Foro izquierda" indican la dirección que debe tomar el actor al entrar o salir por la única puerta.*

## ESCENA I

*(Don Celedonio y Perico, en el catre, duermen y roncan desaforadamente. El primero, muy agitado).*

D. CELEDONIO. *(Saltando de la cama)*  
 ¡Que me mata mi mujer!  
 ¡Socorro, favor, auxilio!...  
 Pero, hombre, si estoy soñando...  
 ¡Cacho, con el sueñecito!  
 ¡Qué pesadilla!... ¡Soñaba  
 que teniéndome cogido  
 mi mujer por los tirantes  
 me solfeaba de lo lindo!

¡Demonios! ¡cómo ronca éste!  
 ¡Ea, despierta sobrino;  
 levántate flojonazo!  
 ¡Si ronca como un bendito!  
 ¿No me escuchas?... ¡Vas á ver  
 si te despierto ahora mismo!  
 ¡Arriba...! gallina asada  
 ¡Despiértate...! huevos fritos  
 ¡Corbina a la chorrillana!  
 ¡Seviche.....!

- PERICO.                               ¿Me llama Ud. tío?
- D. CELEDONIO.   No hombre, si no te llamo.
- PERICO.            Me pareció... ¡qué apetito,  
qué hambre siento!
- D. CELEDONIO.                        Shist no grites  
que va a despertarse el mío!  
Quería avisarte que  
voy a salir un ratito.
- PERICO.            ¿Hoy también?
- D. CELEDONIO.                        Sólo un momento.
- PERICO.            Pero ayer salió Ud. tío.
- D. CELEDONIO.    Bien lo recuerdas.
- PERICO.                                Es claro  
como que estuve al abrigo  
de la cama todo el día.  
Le prestó Ud. mi vestido  
hace como dos semanas  
a Don Canuto, el vecino,  
ése que, como nosotros  
está si expiro o no expiro.  
atrasado el apetito,  
y desde entonces si sale  
Ud. me quedo metido  
aquí, corriendo el cuarto,  
tan fresco... y en calzoncillos;  
y cuando a mi vez yo salgo  
a Ud. le pasa lo mismo.
- D. CELEDONIO.    ¡Le has agarrado *de pava!*  
¿Qué te ha hecho el pobre vecino?  
¿Qué está hambriento?... ¿Y qué?  
¿Nosotros no estamos lo mismo?  
¿Acaso hasta la costumbre  
no hemos, ha tiempo perdido  
de distinguir un mondongo  
de un asado de cabrito?  
¿Recuerdas tú por ventura,  
el olor de los lomitos;  
el del charque con ollucos,  
del caucau, de los chorizos

y de mil más?... ¿Lo recuerdas?  
Si es así te felicito,  
porque yo, tal estoy de hambre  
que hoy día... ni los distingo .

PERICO. ¡No! si yo no vitupero  
las hambrunas del vecino;  
lo que me da rabia es que  
se quede con mi vestido  
que se empeñó Ud. en prestarle  
yo no sé para qué, tío.

D. CELEDONIO. No fui yo quien se empeñó:  
quien se empeñó fué el vestido.  
Puedes ir a visitarlo  
en su nuevo domicilio  
"La Bola" casa de préstamo  
calle, la de San Francisco.

PERICO. ¡Qué es lo que escucho!... ¿Eso es cierto?

D. CELEDONIO. (*Con desdén*) ¡Un chaqué todo raído!

PERICO. ¡Un terno tan bien cortado  
de cheviot azul *marino*!...

D. CELEDONIO. ¡*Marino* y todo lo ahogó  
la mar de nuestro apetito!  
Lo empeñé por cuatro soles  
y por dos vendí el recibo.

PERICO. Tan elegante y gracioso.

D. CELEDONIO. Grasiento dirás, sobrino;  
porque tal de mantecoso  
se encontraba el pobrecillo  
que antes de empeñarlo casi  
voy a ofrecérselo a un tuno...  
por si quería comprarlo  
para freír pastelillos!...

PERICO. ¡Una prenda que era herencia  
de familia!

D. CELEDONIO. Tú lo has dicho;  
y que ya no era de moda  
en tiempo del rey Pepino.

PERICO. ¡De moda o no, muy correcto  
y muy bien conservadito!

- D. CELEDONIO. ¡Cómo que cambió lo menos  
cien veces en medio siglo,  
de mangas, faldones, cuellos,  
forros y bolsillos;  
y que conservaba sólo  
los botones primitivos!...  
Además ese chaqué  
antes que tuyo fué mío  
y al mirarlo me asaltaban  
unos recuerdos tristísimos...  
¡Con él me casé!
- PERICO. (*Ingenuo*) ¿Con él?
- D. CELEDONIO. Al ir al templo a casarme,  
me hallaba con el vestido.  
¡Qué mala salió!
- PERICO. ¿La tela?
- D. CELEDONIO. No: mi mujer.
- PERICO. ¡Ah!
- D. CELEDONIO. Prosigo;  
aquella noche recuerdo  
le hallé el satin descosido.
- PERICO. ¿A mi tía?
- D. CELEDONIO. ¡Qué a tu tía!  
¡al chaqué!... ¡famosa hembra  
me resultó tu títa!...  
¡Si me parece ayer mismo  
cuando de brazo con ella  
crucé valiente y tranquilo,  
la catedral de Arequipa  
y efectué mi sacrificio!  
¡Al principio qué cuidados,  
qué solicitud, qué mimos!  
A los tres meses ¡qué pleitos!  
¡qué gritazos! ¡qué pellizcos!...  
Tanto cambio que una noche,  
completamente aburrido,  
cogí una tranca de fierro...
- PERICO. ¡Y le rompió Ud. el bautismo!

D. CELEDONIO. No; tranquilé su dormitorio  
y solito, con sigilo,  
Salí, llevándote a tí  
que no habías aún cumplido  
dos años, y a quien tu padre  
me confió al morir... ¡Ay hijo!  
¡Mejor te hubiera dejado!  
¿Qué porvenir te he ofrecido?  
¡Ninguno!... Por alimento  
¡esperanzas!... plato insípido  
¡Ah! ¡si por lo menos saliera  
premiado este numerito  
de cuatro mil, que encontré  
ayer por Santo Toribio!...

PERICO. ¡Ah! ¡si saliera premiado...  
qué frejoladas, Dios mío!

D. CELEDONIO. El cincuenta mil quinientos:  
tres ceros y un par de cincos.

PERICO. ¡Cuatro mil soles de plata!  
Soles... o lo que es lo mismo,  
churrascos, tortillas, vino,  
teatros, bailes, veraneo,  
Ancón, La Punta, Chorrillos,  
libras de oro en el chaleco  
y dentro del cuerpo pisco!

D. CELEDONIO. ¡Pero vas a botar todo  
de esa manera, sobrino!

PERICO. Ya no andaré mas a pié.

D. CELEDONIO. ¿Cómo que no?

PERICO. En cochecito.  
Apenas vea una "Victoria"  
¡cataplúm! la monto ahí mismo.  
Iré con flor al ojal  
a pasear desde las cinco  
Mercaderes y Espaderos  
dando nota de smartismo.  
Me pararé donde Broggi,  
donde Crevani un ratito,  
un rato donde García,  
y aunque parezca cinismo

donde llegue haré estación  
mas no a comer pastelitos;  
a apoyarme en sus vidrieras  
aunque le empañe los vidrios!...

D. CELEDONIO. ¡Hombre me parece bien!...

PERICO. Me alegro; estoy decidido,  
banquetearé a los ministros,  
cenaré con Senadores,  
me volveré hombre político.

D. CELEDONIO. ¿Mas... talento...?

PERICO. ¡No hace falta  
cuando hay metal amarillo!

D. CELEDONIO. ¡Es que no he de tolerar  
un derroche tan sin tino!  
Primero es pagar las deudas.

PERICO. ¿Pagar?... ¡Ni un centavo chico!

D. CELEDONIO. Es que debemos...

PERICO. Ya sé  
que debemos mucho.

D. CELEDONIO. Digo  
que es un deber el pagar.

PERICO. Deber es no pagar tío.

D. CELEDONIO. Me convences.

PERICO. ¿Deberemos  
cien soles?

D. CELEDONIO. Con un piquillo  
de doscientos más.

PERICO. Entonces  
de esa plata que ahorrativo  
la he economizado...

D. CELEDONIO. ¿Qué?

PERICO. Coje Ud. cien y otro pico  
y me obsequia Ud. un caballo.

D. CELEDONIO. ¿Un caballo?... Ni un pollino.



- PERICO. ¿Cómo me lo niega Ud.? (*Indignado*)
- D. CELEDONIO. ¡Claro que sí!
- PERICO. ¡Eso es inicuo! . . .  
¡Después que le economizo  
trescientos soles, negarse  
a complacer un capricho!  
¡Quiero un caballo!
- D. CELEDONIO. ¡Silencio!  
porque te rompo el bautismo.  
¿Quieres que se enteren todos  
de que ahora somos ricos  
y nos roben esta noche?
- PERICO. ¡Quiero un caballo!
- D. CELEDONIO. ¡Ah! ¡bandido!  
¿Quieres arruinarnos?... ¡toma!...  
¡botarate! ¡mal sobrino!...  
¡toma!... ¡toma!

## ESCENA II

(*Dichos, más Don Canuto*)

- D. CELEDONIO. (*Entrando por el foro, derecha, y recibiendo  
una almohada*).  
¡Ay! (*Perico se mete en casa*)
- D. CELEDONIO. ¡Don Canuto!
- D. CANUTO. ¿Así se usa recibir?  
¿Qué hace Ud.?
- D. CELEDONIO. Nada, discuto.
- D. CANUTO. Qué modo de discutir.
- D. CELEDONIO. Me pongo así, sin saberlo,  
Oyendo a este tarambana.
- D. CANUTO. Pero quiere Ud. convencerlo  
con argumentos de lana.
- D. CELEDONIO. Hace rato que le riño  
y porque entienda batallo;  
¿Sabe lo que quiere el niño?
- D. CANUTO. No.
- D. CELEDONIO. Que le compre un caballo.

- D. CANUTO.       ¿Con qué un caballo?... delira  
de hambre tal vez, pobre chico (*compasivo*)
- PERICO.           No, no deliro, mentira  
es que mi tío está rico.
- D. CANUTO.       ¿Rico Ud?... querido amigo,  
hombre sublime... hombre grande  
desde hoy cuenta Ud. conmigo  
para todo lo que mande!
- D. CELEDONIO.    ¡Si no es cierto! ¡Sonsoniche!  
por ese charlar sin tino  
nos va a clavar un peliche  
el demonio del vecino!
- D. CANUTO.       ¿Y en dónde está ese dinero?
- D. CELEDONIO.    ¿Ese dinero?
- PERICO.                       ¡Dios mío!
- D. CELEDONIO.    Sueños de este majadero.
- PERICO.           ¡Ilusiones de mi tío!
- D. CELEDONIO.    ¡Nos hizo estar engañados  
de la ilusión del poder,  
creímos estar premiados  
con los cuatro mil ayer!
- D. CANUTO.       ¿Los cuatro mil?... ¡Desdichado!  
Pues voy a dejarlos fríos  
por un número malvado  
los cuatro mil no son míos  
Vean y denme la muerte  
El cincuenta mil trescientos  
tengo y le cayó la suerte  
al cincuenta mil quinientos.
- D. CELEDONIO.    ¡Cielos! ¡Qué veo!
- PERICO.           (*Saltando de la cama*) ¡Qué escucho!
- D. CELEDONIO.    Yo me muero.
- PERICO.                       Yo deliro
- D. CANUTO.       (*Tristemente*). Gracias... Agradezco mucho  
la pena que les inspiro.

- D. CELEDONIO. Qué pena ni qué guayabas  
¡Si me alegro!
- PERICO. Si me río.
- D. CELEDONIO. ¡Y decías que soñabas  
sobrino del alma!
- PERICO. (*Se abrazan*). ¡Tío!
- D. CANUTO. Pero veamos ¿qué pasa?
- D. CELEDONIO. Que estamos en plena gloria.
- PERICO. Que mudaremos de casa.
- D. CELEDONIO. Que cambiaremos de historia.
- PERICO. Que somos muy poderosos.
- D. CELEDONIO. Que somos muy elegantes
- PERICO. Que somos muy...
- D. CANUTO. Sí, enfadosos,  
locos, necios y cargantes.
- D. CELEDONIO. ¡Esa ofensa!...
- PERICO. ¡Don Canuto!
- D. CANUTO. Bonito par de babiecas.
- PERICO. Señor Don Canuto.
- D. CELEDONIO. (*Aparte bruto,*  
*Llámale Canuto a secas,*  
*Llamar señor a un pobrete!*)  
Oiga Ud. . . . ño Cañutillos  
quiero que se nos respete  
como a personas de Brillo.  
Por mil razones nos vemos  
hoy de Ud. muy por encima.  
Adios, infeliz, volvemos.
- D. CANUTO. (*Riéndose*). Tienen el seso perdido.
- D. CELEDONIO. (*Indignado*). ¿Eso es más?
- D. CANUTO. (*Riéndose*). ¡Y les da fuerte!
- D. CELEDONIO. He sido favorecido  
con la suerte!
- D. CANUTO. ¡Con la suerte!

- PERICO. Por eso estamos contentos,  
con la suerte... ¿Verdad, tío?
- D. CELEDONIO. El cincuenta mil quinientos...
- D. CANUTO. ¿Sí, qué?
- D. CELEDONIO. Es el número mío.
- D. CANUTO. ¿De veras Don Celedonio?  
Miente.
- D. CELEDONIO. Lo juro.
- D. CANUTO. ¡Demonio! (*Abrazándolo*)  
Querido amigo del alma  
¿Pero... el número?
- D. CELEDONIO. (Ah pobrete...) (*sacándolo*)  
(Cómo te voy a humillar)
- PERICO. (*A Don Celedonio, deteniéndolo*).  
¡No le enseñe Ud. el billete  
que se lo puede arrancar!
- D. CELEDONIO. (Es verdad. El... numerito  
voy a cobrarlo en seguida (*Poniéndose el saco*)  
Me esperan aquí un ratito.  
De paso traeré comida.
- PERICO. No, tío, vamos por partes,  
¿Me va Ud. a dejar así?  
O salimos los dos juntos  
o no sale Ud. de aquí.
- D. CELEDONIO. Si tu ropa está empeñada.
- PERICO. (*A Don Canuto*) Usted la suya me presta.
- D. CANUTO. ¿Y yo? ¿Qué me pongo?
- PERICO. Nada,  
mientras volvemos se acuesta.
- D. CELEDONIO. Volvemos con comestibles.
- D. CANUTO. Bien; no hay mas que hablar, tome Ud.,  
(*Quitándose la ropa, con la que se  
vestirá Perico*)  
que yo realizo imposibles  
por la amistad.

- D. CELEDONIO. (No regreso.  
¿Comer de gorra?... ¡Pechuga!...  
le voy a dar buen ejemplo).
- D. CANUTO. (Nada, les clavo una arruga  
de la dimensión de un templo).
- PERICO. Ea... Ya estoy.
- D. CELEDONIO. Pues marchemos.
- D. CANUTO. ¡Qué Dios os lleve... y os traiga!
- D. CELEDONIO. Hasta luego.
- PERICO. Volveremos.  
(Cuando la luna se caiga).

## ESCENA III

*(Don Canuto en la cama)*

- D. CANUTO. Son felices, venturosos,  
y a mí la envidia me altera.  
Siento como que quisiera  
matar, al verlos dichosos.  
Unos planes horrorosos  
me forjo, de mil bemoles.  
¡Ah! ¡Si yo armara mi brazo!  
¿Y por qué no?... ¡Caracoles!  
Sí: si vienen... un sablazo  
de unos veinticinco soles (*Transición*)  
Justo Dios de las alturas  
que mis miserias conoces  
manda, te lo pido a voces  
que cesen mis desventuras.  
Ni jamón, ni confituras,  
pastel ni pavo trufado  
mi mente pedirte fragua  
sólo, Señor alabado  
un trocito sancochado  
de carne, aunque sea en agua!  
No dejes que el carnicero  
niegue carne al desdichado;  
ni, que si pide fiado  
yucas, le eche el verdulero.  
pero si no es hacedero

nada de esto en mi favor,  
no te molestes Señor  
no lo mandes: sólo sí,  
mándame, será mejor,  
otros cuatro mil a mí.

(Se oyen golpes en la puerta, que está cerrada)

ESCENA IV

(Don Canuto y el suertero).

- D. CANUTO. Algún acreedor, de fijo...  
¿Quién es?
- SUERTERO. (de afuera) ¿Me da Ud. razón  
de cuál es la habitación  
de Don Canuto Cortijo?
- D. CANUTO. Me busca... Claro acreedor  
¡Bah! Le diré que me he muerto.  
¿Canuto Cortijo?... ¡Ah! cierto  
Ya murió... pobre señor!
- SUERTERO. (Entrando impetuosamente). ¿Muerto?  
¿Y cuándo fué esa muerte?
- D. CANUTO. ¡Demonio! ¡Si es el suertero!
- SUERTERO. De modo que ese dinero...
- D. CANUTO. ¿Qué dinero?
- SUERTERO. El de la suerte,
- D. CANUTO. ¿Qué suerte?
- SUERTERO. De cuatro mil.
- D. CANUTO. ¿Qué cuatro mil?!
- SUERTERO. Los de ayer. Qué estupidez!  
Fallecer sin cobrar.
- D. CANUTO. ¡Eh! Zascandil,  
no insulte Ud.
- SUERTERO. Sólo un bruto...
- D. CANUTO. O calla Ud. o le corrijo.  
Yo soy Canuto Cortijo.
- SUERTERO. ¿Es Ud.?... ¿Ud. Don Canuto?

- D. CANUTO. El mismo.
- SUERTERO. ¿El que anteayer  
me compró en Valladolid  
una suerte?
- D. CANUTO. El mismo, sí,  
¿pero qué hay, vamos a ver?
- SUERTERO. Qué la suerte la he botado.
- D. CANUTO. ¿La... la suerte?... me sofoco  
pero señor, o estoy loco  
o el suertero está chiflado  
si el número que ha salido  
es cincuenta mil quinientos.
- SUERTERO. El cincuenta mil trescientos.
- D. CANUTO. Pero mire Ud. querido,  
idolatrado suertero (*Enseñándole el diario*)  
¿Cree usted que el diario mienta?
- SUERTERO. Quinientos... error de imprenta  
mire usted el derrotero.
- D. CANUTO. ¡Es el mío!... El... ¡Ay Dios mío  
mi número!
- SUERTERO. ¿Qué?
- D. CANUTO. Simplón,  
lo lleva en mi pantalón  
el sobrino de su tío.
- SUERTERO. ¿Cómo?
- D. CANUTO. Se van hasta Europa  
si saben que es el premiado.
- SUERTERO. ¿Pero qué es lo que ha pasado?
- D. CANUTO. Que lo he dado con mi ropa  
y si llegan a saber  
que es el número... ¡Corramos,  
vamos a buscarlos!
- SUERTERO. ¡Vamos!  
¿Pero qué va Ud. a hacer  
sin vestirse?

- D. CANUTO.                    ¡Suerte impía!  
Un pantalón, una leva,  
présteme Ud. la que lleva.
- SUERTERO.                    ¿La qué?
- D. CANUTO.                    La ropa.
- SUERTERO.                    ¿La mía?
- D. CANUTO.                    Ud. me espera.
- SUERTERO.                    No atino,  
¿desnudo?
- D. CANUTO.                    Se mete en cama.  
Verá Ud., que si no se mama  
los cuatro mil el vecino.
- SUERTERO.                    Bien, mas... pongo condición.  
Me dará Ud...
- D. CANUTO.                    Ya se vé,  
que si cobro le daré  
buena gratificación.  
Le regalaré cien soles.  
(*A que se lo cree el bellaco*).
- SUERTERO.                    ¿Cien soles?... ¡Tome Ud. el saco  
con confianza! ¡Caracoles!  
¿cien soles? (*Desvistiéndose con precipitación*)
- D. CANUTO.                    (Valiente pillo).
- SUERTERO.                    Busque bien a ese bribón  
tome Ud. el pantalón  
¿Quiere Ud. el calzoncillo? (*rápido*)
- D. CANUTO.                    No gracias, es suficiente.
- SUERTERO.                    Porque los encuentre ruego.
- D. CANUTO.                    Ya estoy... Adiós.
- SUERTERO.                    Hasta luego.
- D. CANUTO.                    Vuelvo (*la espalda*).
- SUERTERO.                    Corriente.  
  
(*Vase por el foro izquierda*)



## ESCENA V

*(Suertero, Marta y Rufa)*

MARTA. *(Foro derecha) (Deteniéndose en la puerta, seguida de Rufa).*  
 ¡Señor Cortijo!... ¡Oiga Ud.!...  
 ¡Si vuela como un cohete!

RUFA. ¿Quién es él?

MARTA. Es un vejete  
 a quien hago la merced  
 de alquilar esa otra pieza  
 y me debe un año.

RUFA. ¿Sí?

SUERTERO. *(¿Quiénes son?... Si entran aquí me cubro hasta la cabeza)*

MARTA. Entremos Rufa, verás  
 el cuarto que te destino. *(Entran).*

RUFA. Hay un catre.

MARTA. El inquilino  
 de aquí, jamás tuvo más.

RUFA. Y le has despedido Marta  
 por darme su cuarto.

MARTA. No: verás lo que pensé yo  
 cuando recibí la carta.  
 Rufa viene de Arequipa,  
 se alojará en un hotel  
 y, es claro, una vez en él,  
 de mi amistad le emancipa  
 mejor, cuando emprenda el viaje  
 ahorrándole sobresaltos  
 y en un cuarto de los altos  
 colocaré su equipaje.  
 Como vacías no habían  
 pensé en esta habitación  
 e iba a echar sin compasión  
 a los dos que aquí vivían,  
 que me deben año y medio,  
 pero estoy tan trastornada  
 que sólo hoy, a tu llegada,

me acordé subir a botarlos;  
 mas cuando estaba subiendo  
 hace un instante corriendo  
 bajaban, quise atajarlos  
 y uno me gritó: ¡Señora  
 vamos de la dicha en pos  
 no volveremos, adiós!  
 y se fueron, en buena hora!

- RUFA. Tal es Lima.
- MARTA. ¡Tal mi vida!
- RUFA. ¡Ay Misti, cuánto te extraño!
- MARTA. ¿Y a qué debo tu venida?
- RUFA. ¡Ay Marta, tristes memorias!  
 Escúchame amiga mía.
- SUERTERO. (A que me estoy todo un día sudando  
 y oyendo historias).
- RUFA. ¿Recuerdas cuando salimos  
 del colegio ?
- MARTA. Claro está.  
 A los dieciocho de edad,  
 de la misma edad salimos.
- RUFA. Ya han pasado venticinco  
 añazos: que no nos vemos.
- MARTA. Quiere decir que hoy tenemos...
- RUFA. ¡Treinticinco!
- MARTA. Treinticinco...  
 más o menos, tal vez sobre  
 un pequeñísimo pico.  
 Yo me casé con un rico.
- RUFA. Yo me casé con un pobre.
- MARTA. Mi marido, cruel destino,  
 al año se me murió.
- RUFA. ¡Ay! el mío se escapó  
 un día con un sobrino  
 suyo, a quien yo idolatraba...  
 ¡Qué chiquitín más bonito!...

- MARTA.                   ¿Y por qué huyó?
- RUFA.                    Era un bendito  
y yo a veces lo trataba  
con acritud... ¡Buen castigo  
me ha dado Dios! Yo tenía  
dinero, él nada, y creía  
que se había unido conmigo  
por el dinero malvado  
y le traté de tal modo  
que al fin, dejándome todo,  
huyó un día de mi lado;  
tomó el vapor. ¡Ay de mí!  
¡Y a Lima! Hoy que no me ofusca  
la edad, me vengo en su busca  
a los veinte años aquí.  
Si lo encuentro, su perdón  
le pediré a mis insultos.
- MARTA.                   Harás bien... ¡Ajá! Tus bullas.

## ESCENA VI

(*Dichos, más Mozo 1º y Mozo 2º*)

(*Mozo 1º y Mozo 2º entran cargando lo que se indica*)

- MARTA.                   Pongan aquí ese cajón... (*a la izquierda*)  
así: ese colchón al altillo.
- MOZO 1º.                Quien no. (*Pretendiendo cargar el catre*).
- SUERTERO.              Que me están partiendo.
- RUFA.                    ¿Qué es eso?
- MARTA.                   ¿Hay alguien?
- MOZO 1º.                ¡Durmiendo!
- MARTA.                   ¡Qué tal!
- RUFA.                    Si será algún pillo.
- MARTA.                   Llévenselo al corredor.
- SUERTERO.              ¡Eso de pillo, Señora!
- MARTA.                   ¡Que se vaya sin demora  
o llamen un celador!

SUERTERO. ¡Paren!... ¡Dejen!... ¡Ropa! (*Se lo llevan*).

MARTA. Enfermón  
los inquilinos que caen  
no pagan la casa y traen  
amigos para que duerman.  
Voy a averiguar quien es.  
Con tu permiso... (*Vase*).

RUFA. Lo tienes.  
¡Qué agitación!... ¡Qué belenes!  
¡Qué trajín!... ¡Tú que me ves  
milagroso San Antonio  
y conoces mi amor  
devuélveme por favor  
a mi amado Celedonio!

#### ESCENA VII

*Rufa, Mozo 1º y Mozo 2º*

MOZO 1º. ¿Onde pongo los baúles? (*Con dos baúles*).

RUFA. Aquí a este lado, con tiento.

MOZO 1º. Vamos a traer los demás. (*Vanse*)

RUFA. Muy bien, aquí lo espero...  
¡Cuánto afán, cuánto trastorno,  
ocasiona un viaje de estos!  
Gracias que no traje todas  
las cacharpas y así sin eso  
he dado más vueltas... ¡Ay!  
¡Qué falta hace un hombre! Creo  
que son un mal necesario.

MOZO 1º. (*Entrando con una mesa*) La mesa.

MOZO 2º. ¿Onde la ponemos?

RUFA. ¡Qué bondades las de Marta!...  
Acá... más acá... aquí (*derecha*); bueno  
traigan lo demás.

MOZO 1º. Muy bien (*Vanse*).

RUFA. ¡Jesús y qué sucio está esto!...  
Hace lo menos un siglo  
que no pasan un plumero  
por estas telas de araña.

- MOZO 1º.           ¿Este sofá?
- RUFA.                           Aquí (*derecha*).
- MOZO 1º.                   ¡Volvemos!
- RUFA.                   Que traigan éstos las sillas  
y bajaré en un momento  
y que me preste Martita  
su plumero... ¡Qué tierrero!  
¿Vivir así yo?... ¡Me privo!
- MOZO 1º.           Las sillas.
- RUFA.                           Bien, un momento...  
esas dos van a este lado (*izquierda*)  
las otras al otro lado. (*derecha*).
- MOZO 1º.           ¡Güeno!...
- Ya está todo.
- RUFA.                           Muchas gracias.
- MOZO 1º.           Muchas gracias no es dinero.
- MOZO 2º.           Lo cobraremos abajo.
- MOZO 1º.           De nada, de que.
- MOZO 2º.                           Hasta luego. (*Vanse*).
- RUFA.                   Vaya, ya estoy instalada. (*vase por la derecha*)  
Ahora voy por el plumero.

## ESCENA VIII

(*Don Celedonio y Perico entran precipitadamente sin reparar en nada*)

- D. CELEDONIO.   ¡Esto es terrible! (*paseándose*)
- PERICO.                           ¡Es infame!
- D. CELEDONIO.   ¡Es temerario!
- PERICO.                           ¡Es atroz!
- D. CELEDONIO.   ¡Me quejaré en "*El Comercio*"!
- PERICO.                           ¡Me quejaré en "*La Opinión*"!
- D. CELEDONIO.   Y en "*La Prensa*".
- PERICO.                           Y en "*Fray Cabezón*"

- D. CELEDONIO. Y si es necesario, yo  
publicaré otro periódico  
titulado "El Defensor"  
de los derechos *icolu*gnes  
del ciudadano y de los..."
- PERICO. ¡Pero tío, eso es muy largo!...
- D. CELEDONIO. Se pone en abreviación.  
Allí se oirán nuestras lágrimas  
y se leerá nuestra voz;  
a los empleados públicos  
atacaré con furor;  
diré que ese ramo es ramo  
de mastuerzos sin olor!
- PERICO. ¡Que es un ramo de culantros!
- D. CELEDONIO. Que es un ramo... de lo atroz.  
No trabajan los domingos.
- PERICO. Es una abominación.
- D. CELEDONIO. ¡Cómo andan todas las cosas  
en nuestra tierra señor!...  
¿No es de perder la paciencia,  
no es de perder la razón,  
que uno se saque la suerte  
y no se la paguen hoy  
por ser Domingo?
- PERICO. ¡Es horrible!
- D. CELEDONIO. ¡Justo, horrible!
- PERICO. (*Reparando en los muebles*). ¡Tío!
- D. CELEDONIO. ¡Oh!
- PERICO. ¡Oh!  
¡Salgamos, hemos entrado  
a otra pieza por error!
- D. CELEDONIO. No hombre, no. ésta es la nuestra
- PERICO. ¡Nuestra, Don Canuto!
- D. CELEDONIO. No.
- PERICO. ¡Ni nuestro catre tampoco!

- D. CELEDONIO. Mejor.
- PERICO. ¿Cómo que mejor?
- D. CELEDONIO. ¿No has entendido?
- PERICO. Ni pizca.
- D. CELEDONIO. ¡Eres un bobalicón!  
¡Eres un borrico!
- PERICO. ¡Tío!  
que soy su sobrino.
- D. CELEDONIO. Yo  
he dado en el clavo, siéntate.
- PERICO. Si vienen los dueños
- D. CELEDONIO. ¿Los  
dueños? . . .
- PERICO. Sí, los de ésto.
- D. CELEDONIO. Bruto  
los dueños somos los dos.  
Don Canuto al verse solo  
le contó a la dueña, lo  
de los cuatro mil, y ella  
amuebló la habitación!  
¡Je! ¡Je! ¡Je! ¡Qué Doña Marta!
- PERICO. ¡Qué Misia Marta! ¡Ja! ¡Ja!
- D. CELEDONIO. Qué bien se sienta uno aquí.
- PERICO. Igual que sobre algodón.
- D. CELEDONIO. ¡Cómo gozamos los ricos!  
¡Ah! ¡Nosotros desde hoy  
nos daremos gusto en todo  
como gente *com il fo!*
- PERICO. ¿Como qué?
- D. CELEDONIO. Quién.
- PERICO. Esa gente.
- D. CELEDONIO. ¡Que come de lo mejor!
- PERICO. ¡Ah! . . . Y mudaremos de casa.

- D. CELEDONIO. ¡Claro! ¡Nuestra posición nos lo ordena!... Sin embargo viviremos unos dos meses más, aquí, hasta hallar algo conveniente... ¡No podemos vivir tampoco dos meses aquí con los escasos muebles que adornan tan mísera habitación!...
- PERICO. ¡Sin duda! ¿En esos baúles no habrá?...
- D. CELEDONIO. ¿Qué crees?
- PERICO. Pienso yo que habrá adornos.
- D. CELEDONIO. No, yo creo que sea ropa interior, pero, es fácil convencerse, abramos este cajón. (*desatan el cajón*)  
(*cantando*).  
“Desatemos estos lazos que son los de nuestro amor démonos un par de abrazos y hasta después, pues, mi flor”.
- RUFA. ¡Jesús! ¡Jesús!
- PERICO. (*cantando*) “¡Ora... Ora! ¡Mueva los piezas Señora!”
- RUFA. ¡Pillos!... ¡Ladrones...!
- D. CELEDONIO.  
Y PERICO. ¡Señora!
- RUFA. Dios mío, qué corrupción hay en Lima, los ladrones roban cantando, ¡Qué horror!
- D. CELEDONIO. ¡Señora, eso de ladrones!
- RUFA. ¿Qué hacéis aquí?... ¿Quién sois?
- D. CELEDONIO. ¿Quién es Ud., qué hace aquí es lo que pregunto yo?



- RUFA.                    ¡Qué cinismo: esta es mi casa!
- D. CELEDONIO.        ¡Qué empaque: es mi habitación!
- RUFA.                    ¡Estos muebles son mis muebles!
- D. CELEDONIO.        ¡Lo que hay aquí es de los dos!
- RUFA.                    Marta, mi amiga, la dueña,  
me instala aquí desde hoy.
- D. CELEDONIO.        ¿Ella? ¡Ah!... Comprendo la trampa.  
Habiendo sabido  
de los cuatro mil, nos manda  
este esperpento a los dos  
para ver si atrapa alguno...  
¡Me ahoga la indignación!...
- RUFA.                    ¿Qué escucho?
- D. CELEDONIO.        ¿Lo has comprendido?
- PERICO.                ¡Lo he comprendido!... ¡Qué atroz!
- RUFA.                    ¡Canallas, voy a probarles  
que yo de Arequipa soy...!
- D. CELEDONIO.        ¿Ud. de Arequipa?
- RUFA.                    ¡Sí!
- D. CELEDONIO.        ¡Diablo, Señora, perdón!
- PERICO.                ¡Pero tío...!
- D. CELEDONIO.        (Desdichado.  
Si es de Arequipa ¡Qué horror!)
- RUFA.                    Ya están Uds. saliendo  
o los muerdo a los dos.
- D. CELEDONIO.        Nos vamos... nos vamos... vámonos.  
(Es igual la posición  
que usaba mi mujer cuando  
me arañaba) ¡Adiós! ¡Adiós!  
(Es igualita a tu tía).
- PERICO.                No importa, yo no me voy  
sin decirle... ¡arpía!
- RUFA.                    ¡Cielos!  
¡Los despedazo a los dos!

## ESCENA IX

*Rufa y sirvienta*

- RUFA. Canallas, pillos, bribones,  
qué gentuza tan grosera  
si se me crisan los nervios...  
Si les alcanzo en la puerta  
les hago bajar rodando  
los peldaños de la escalera.
- SIRVIENTA. El almuerzo.
- RUFA. ¡Cómo almuerzo!  
¿Quién me lo manda?
- SIRVIENTA. La dueña,  
Misia Marta.
- RUFA. ¡Lo agradezco  
pero esa es mucha molestia...!
- SIRVIENTA. Voy a traer los otros platos.
- RUFA. ¿Más?... Dígale Ud. que venga  
que la quiero resontrar  
por ser demasiado buena.  
¡Hay chupe de camarones!  
A mí el chupe me deleita  
esta Marta es angelical  
se porta de una manera...

## ESCENA X

*Marta y Rufa*

- MARTA. ¿Qué quieres Rufa?
- RUFA. Contarte  
un disgusto
- MARTA. Si, ¿qué es ello?
- RUFA. No te lo imaginarás.  
Al volver con el plumero  
encontré aquí dos ladrones  
cantando a la vez que abriendo  
este cajón: les pegué,  
me insultaron y se fueron.

- MARTA.           ¿Ladrones? ¿Y no serían  
los que antes aquí...?
- RUFA.                ¡No creo!  
No hubieran dicho que suyo  
era ésto como dijeron.
- MARTA.            Como sea; ven conmigo  
que para evitar todo esto  
voy a darte los recibos  
de los que aquí vivieron.  
Si vienen y te importunan  
les cobras el año y medio  
y les das en las narices  
con la puerta. Vamos.
- RUFA.                Bueno. (*Vanse*).

## ESCENA XI

*Don Canuto y Rufa*

- D. CANUTO.        (*Entrando precipitadamente, sin reparar  
en nada*)  
¡Malhaya sea el pecado!  
¡Don Celedonio y sobrino!  
¡No los hallo! ¡Ay!... ¡Así me he entrado  
al cuarto de otro vecino!  
Como estoy tan preocupado...  
¡No!... ¡es el de ellos; no me engaña  
mi instinto que fiel atina,  
sigue paciente y con maña  
tejiéndole una cortina  
a mi vecino, esa araña.  
¡Pero este lujo inaudito!...  
¡Ese sofá... esos baúles!...  
No doy por más que medito...  
O estoy con diablos azules  
ó, lo probable, el maldito  
del suertero me ha engañado...  
Sí; lo dicho... ¡Zascandil!  
¡a mi amigo le ha tocado  
la suerte de cuatro mil  
con que me creí premiado!  
¡Un almuerzo!... (*reparando en el almuerzo*)  
                          ¡El ofrecido!  
¡Engullo plato tras plato!

- (*Pausa*). ¡Ah, suertero maldecido!  
me engañaste; paga el pato,  
me quedo con el vestido!...  
¡Chupe!... ¡El plato que prefiero!...  
¿Y en éstos? vamos por puntos:  
fritura, bisté el tercero...  
¡comeré de los tres juntos  
para acabar más ligero! (*comiendo vorazmente*)  
Y yo, infeliz, que creía  
que la suerte me tocaba,  
que el periódico mentía  
y que el suertero decía  
la verdad de lo que hablaba...
- RUFA. (*Entrando con el plumero y los recibos  
sin reparar en D. Canuto*).  
Los recibos. Aquí están.  
¡Si viene alguien, se los meto  
por los ojos! Ya verán  
cómo volando se van  
si me faltan el respeto!
- D. CANUTO. ¿Quién es ésta?... Francamente  
no comprendo... ¡Ah! ¡Ya me explico!...  
¡Cómo prospera la gente!...  
¡No hay duda; tomó sirvienta  
mi vecino, al verse rico!...  
¡Cáscaras! ¡No es mal jamón!  
¡Aunque mi gula se enrostre  
yo aprovecho la ocasión,  
y si la inspiro pasión  
tendré jamón como postre!...
- RUFA. ¡No hay poco que sacudir!
- D. CANUTO. (Lo dicho, esta es la sirvienta)
- RUFA. ¡Uf, qué sucia era esta gente!
- D. CANUTO. ¡Mucho!
- RUFA. ¡Qué oigo!
- D. CANUTO. ¿Qué has de oír?...  
¡La verdad sencillamente!
- RUFA. ¡Qué rabia! ¿Quién es usted,  
¡qué busca, qué hace usted aquí?

- D. CANUTO.           ¿Como qué hago yo?... Pues ya se vé:  
Como
- RUFA.                               ¡Y me lo dice a mí!
- D. CANUTO.           Bueno, no te lo diré.
- RUFA.                               ¡Acabemos!
- D. CANUTO.                        A eso voy.  
¿Quieres recoger la mesa?
- RUFA.                               ¡Váyase Ud.!!
- D. CANUTO.                        ¡Eh! Ya estoy  
cansado de oírte: cesa  
o hago que te boten hoy.
- RUFA.                               ¿Botarme a mí?... ¡Por su vida!
- D. CANUTO.                        ¡Como a importunarme tornes!...
- RUFA.                               ¡Yo soy!...
- D. CANUTO.                        Sí, la Maritornes.
- RUFA.                               ¿Mari... qué?... Alguna perdida...  
Soy la dueña de este cuarto.  
y como mi rabia arrastre...
- D. CANUTO.                        (Nada; lo dicho, la ensarto  
la deshueso, pincho y parto,  
y la engullo como postre!).  
¿Qué historia de dueña es ésa?
- RUFA.                               Qué es mía esta habitación,  
baúles, sillas, cajón,  
este sofá y esta mesa...  
¡Evítame un colerón!
- D. CANUTO.                        ¡Qué lío, el diablo me lleve!...
- RUFA.                               Yo desde hoy aquí vivo  
y es fácil que se lo pruebe:  
Uno tras otro recibo  
tengo aquí los que Ud. debe.  
(leyendo los recibos)  
¡Don...! ¡Ay! Celedonio Albino  
¡Ay!... Agua, agua, caballero.

- D. CANUTO.           (*Aturdido, dándole vino*)  
¡Caballera... vino... vino!
- RUFA.                   ¡Mi marido... me muero!
- D. CANUTO.           (¡La mujer de mi vecino!)  
(¡No va a llevarse mal susto!)
- RUFA.                   ¡Ud. es!... ¡usted!... ¡Qué gusto!  
Dí:... ¿No eres Albino?...
- D. CANUTO.                               ¡Justo,  
Soy al vino... aficionado...
- RUFA.                   ¡Al fin he dado contigo!  
¡Ven a mis brazos!...
- D. CANUTO.           (*Retrocediendo*) ¡Demonio!
- RUFA.                   ¿Qué, no oyes lo que te digo?...
- D. CANUTO.           (¡Me ha tomado por mi amigo!).  
¡Si yo no soy Celedonio!
- RUFA.                   ¡No pretendas engañarme!  
¡No me lo niegues ingrato!  
¡Si no quieres perdonarme  
yo, Celedonio, me mato  
y tú tendrás que enterrarme!
- D. CANUTO.           Pero si yo...
- RUFA.                                       ¡Tu perdón!  
¡Celedonio, yo lo imploro  
de tu hidalga compasión:  
o arráncame el corazón  
o ámame porque te adoro!...
- D. CANUTO.           (¡Huy! ¡Me descolgó el Tenorio!  
Bueno, ya que es necesario  
yo apechugo al vejestorio:  
Sálvenme de este calvario,  
ánimas del purgatorio!)
- RUFA.                   ¿Me perdonas?...
- D. CANUTO.                               ¿No he de hacerlo?...  
¡El amoroso latido  
del corazón que, sin verlo,  
a tu lado has poseído;  
el color de este encendido

cadáver de camarón  
 el vino de esta botella  
 esa mesa, este cajón.  
 ¿No oyes Rufa, Rufa bella  
 que están gritando perdón?

RUFA. ¡Ay! ¡Gozo al verte, querido!  
 ¡por fin consigo la calma!

D. CANUTO. (¡Y yo la tengo perdida!)

RUFA. (*Abrazándole*) ¡Celedonio ,de mi alma!...

D. CANUTO. ¡Rufiniana de mi vida!  
 (*esquivando la cara*)  
 (¡Que no quiera darme un beso!)

RUFA. ¡Yo corro a avisarle a Marta  
 que al fin te encontré!

D. CANUTO. ¡Eso, eso!  
 (Y un acreedor me parta  
 si me hallo aquí a tu regreso).

RUFA. ¡Ah!... (medio mutis).

D. CANUTO. (¿Otro abrazo?)

RUFA. ¿Y Perico?...

D. CANUTO. ¿El sobrino?... Bien está,  
 dentro de un rato estará  
 a tu lado el pobre chico...

RUFA. ¿Sí? pues voy y vuelvo ya, (*vase*)

D. CANUTO. Yo soy quien se va y no vuelve.  
 ¿Si me llevara ésto?... ¡Sí!  
 El apetito me absuelve...  
 Los camarones aquí...  
 ¡Vaya un lío el que me envuelve!...

(*Se guarda los comestibles*)

(*Adelantándose y con cómica gravedad*)

¡Pues cual Don Juan, con anhelo  
 llamé al cielo y no me oyó:  
 este almuerzo en este suelo  
 que se lo cobren al cielo  
 porque no lo pago yo!...

## ESCENA XII

*Don Canuto y Suertero*

- D. CANUTO.           ¡Caracoles, vaya un choque!...
- SUERTERO.           ¡Al cabo lo encuentro a Ud!
- D. CANUTO.           ¡El suertero!...
- SUERTERO.                        ¡Sí, el mismísimo!  
¿Le ha parecido a Ud. bien  
engañarme como a un chino  
con mil falsedades?...
- D. CANUTO.                        ¡Eh!
- SUERTERO.           ¿Cree Ud. que yo consienta  
sin protestar que me den  
bromazos, que me acarreen  
dos mil desazones?...
- D. CANUTO.                        ¡Eh!
- SUERTERO.           ¿Supone Ud. que yo aguante  
sin que lo divida en tres  
pasadas como la suya  
y tres mil disgustos?  
¿Piensa Ud. que yo impasible,  
tolere con placidez  
que me hagan pasar por pillo  
y por cuatro mil?...
- D. CANUTO.           De los cuatro mil hablemos  
pero no prosiga Ud.  
subiendo las cantidades.
- SUERTERO.           ¿De los cuatro mil?... ¡Pues bien  
no tiene Ud. nada!
- D. CANUTO.                        ¿Qué?
- SUERTERO.           Me engañó por mi vestido  
para quedarse con él.  
Ni tiene Ud. ningún número,  
ni casa, ni ropa, ni es  
Ud. más que un palomilla!
- D. CANUTO.           ¡Qué oigo!
- SUERTERO.                        ¡Desnúdese Ud.!



- D. CANUTO. ¿Pero qué ha pasado?
- SUERTERO. Que  
me botaron de aquí, y tuve  
que irme a mi casa a ponerme...  
¡Ya sabe Ud.!
- D. CANUTO. ¡Qué belén!
- SUERTERO. Ahora mismo va Ud. a darme  
mi ropa.
- D. CANUTO. (¡Qué estupidez!)  
Pero si no vivo aquí.
- SUERTERO. No tengo en ello que ver.
- D. CANUTO. Pero, hombre, hablemos con calma.  
¿No ha sido cierto lo del  
número mío premiado?
- SUERTERO. ¿Pretende Ud. otra vez  
engañarme?
- D. CANUTO. Si es que yo...

## ESCENA XIII

*Dichos y Rufa, entrando*

- RUFA. Dice que ya viene, pues...
- SUERTERO. ¿Eh?
- D. CANUTO. (Me fundí).
- RUFA. (Hay otro hombre).  
¿Si será?... ¡Sí! Dime ¿no es  
nuestro sobrino este joven?
- D. CANUTO. ¡El! (*Admirado*).
- RUFA. ¡El!... ¿No lo dije?... ¡Es él!  
¡Idolatrado sobrino!  
¡Hijo mío!
- SUERTERO. ¿Cómo?... ¿Qué?
- RUFA. Tú eras... tú eras.
- SUERTERO. ¿Yo? ¡Yo soy  
¡suertero!



- RUFA. Qué
- MARTA. Al insulto.
- SUERTERO. No soy Perico.
- RUFA. ¿Entonces quién es?
- SUERTERO. Soy suertero y he botado la de cuatro mil de ayer.
- RUFA.  
Y MARTA. ¿Y qué?
- SUERTERO. Qué este hombre me había dicho que el favorecido era él y me ha engañado.
- D. CANUTO. No tal.
- PERICO. ¡Tío, tío, aquí está!
- MARTA. ¿Quién?
- D. CELEDONIO. Don Canuto.
- D. CANUTO. Ellos.
- RUFA. Los pillos.
- D. CANUTO. Adelante. (*Me salvé*)  
Calma, reclamo un momento.  
¿Han cobrado?
- D. CELEDONIO. No.
- D. CANUTO. Pues bien  
respondan aquí señores.  
¿No es verdad que ustedes creen haber ganado la suerte?
- D. CELEDONIO. ¡Claro!
- PERICO. Pues claro.
- D. CANUTO. ¿Cuál es el número?
- D. CELEDONIO. ¡El cincuenta mil quinientos!
- SUERTERO. ¡Mentira!
- PERICO. ¿Qué?

- D. CELEDONIO. Está en el diario.
- SUERTERO. ¡Aquí está  
el derrotero!
- D. CELEDONIO. ¡Ah! ¡Es tres  
cientos en vez de quinientos  
sobrino!
- PERICO. ¡Tío!
- D. CELEDONIO. ¡Vé, vé!
- D. CANUTO. El cincuenta mil trescientos.
- SUERTERO. ¿Quién lo tiene?
- D. CANUTO. ¡Yo!
- RUFA. ¡Tú!
- TODOS. ¡El!
- SUERTERO. ¿Dónde?
- D. CANUTO. En este pantalón  
que es mío, aquí...
- PERICO. ¿Aquí?
- D. CANUTO. ¡Este es!
- D. CELEDONIO. Maldita sea mi suerte.
- PERICO. Se me revienta la hiel.
- SUERTERO. ¡Este es!
- RUFA. ¡Maridito mío!
- MARTA. ¡Su marido!
- CELEDONIO Y  
PERICO. ¡Su mujer!
- D. CANUTO. Señora... un momento... yo. . .
- RUFA. ¿Le hablas de "Ud." a tu mujer?
- D. CANUTO. (Bah: soy rico y nada temo).  
¡No soy esposo de Ud.!
- RUFA. ¿Lo niegas porque eres rico?

- D. CANUTO. No, Ud. es esposa...
- RUFA. ¿De quién?
- D. CANUTO. De mi amigo Celedonio.
- MARTA Y  
RUFA. ¡El!
- PERICO. (Mi tía)
- D. CELEDONIO. (Mi mujer)
- RUFA. Pero tú... ¿Ud. no me dijo?
- D. CANUTO. Fué una broma.
- RUFA. ¿Una broma, eh?  
Va Ud. a ver como en broma  
le arañó toda la piel...
- D. CANUTO. Pero vamos a cuentas  
¿Cómo se llamaba su marido?
- RUFA. ¡El!  
era Celedonio Albino.
- MARTA. Entonces el señor es.
- D. CELEDONIO. (Albino, te fuiste al agua)  
¡Ea! ¡Yo soy! Bien ¿y qué?  
(Armémonos de energía)
- RUFA. ¿Tú?... ¡Sí! ¡Es el mismo! ¡Ay infiel!
- D. CELEDONIO. (¡Yo qué le llamé esperpento!)
- PERICO. (Yo qué arpía le llamé)
- RUFA.. Marido idolatrado.
- D. CELEDONIO. ¡Ea! ¡Basta de candidez!  
¡La rechazo a Ud. señora!
- RUFA. ¿Rechazas a tu mujer?
- D. CELEDONIO. ¡Es que estamos divorciados!
- RUFA. ¿Divorciados?... ¿Y por quién?
- D. CELEDONIO. ¡Por una alta dignidad  
eclesiástica!



- D. CANUTO. Me parece un sueño.
- D. CELEDONIO. ¿Qué?
- D. CANUTO. Haber ganado la suerte.
- D. CELEDONIO. Para suerte mi mujer .  
¡Suerte china!
- TODOS. ¿Hay otra?... ¿Cuál es?
- D. CELEDONIO. La del autor del juguete  
Que lo silban..., a mí qué.
- D. CELEDONIO. El autor a los actores  
les ha confiado que hacía  
otros cuatro mil mejores:  
Vuestros aplausos, señores,  
que son la gran lotería.

FIN